



Dirección: M. REGUERA, Casilla Correo 45 - Buenos Aires

SE PUBLICA POR SUSCRIPCION VOLUNTARIA—APARECE CUANDO PUEDE

LA PROPIEDAD ES UN ROBO

A mayor abundamiento, yo creo que en tanto los patrones tengan la fuerza no aceptarán el arbitraje al menos que no sea con la pre idea de faltar a los compromisos que ese arbitraje pudiera hacerles contraer. Tengo para mí que mientras los burgueses tengan fuerza no aceptarán el arbitraje sino en dos casos y con dos ideas: con la de obtener que los obreros disminuyan o cedan en sus pretensiones y tengan motivo para esperar que el árbitro componedor ó arbitrador cederá; ó cuando sin esperanzas de que ni los obreros ni el arbitrador, cedan, tenga hecho propósito de faltar al compromiso que en el arbitraje pudieran haber contraído. Es claro que el burgués se negará á cumplir lo arbitrado cuando para él haya pasado el peligro, e apuro y el temor y pueda ponerse con su fuerza á cubierto de posibles contratiempos. Si no tiene fuerza queda rebatido el argumento.

Si las palabras subrayadas significan lo segundo, yo, (tal vez se me diga que es locura) sostengo que siempre serán migajas lo que se obtenga y esta no me gustan; prefiero el choque; alguna vez hemos de hacer algo más que suscripciones. Pero repito que en todo caso prefiero menos huelgas y que ellas sean más serias. Esto sin contar con que siempre que los amos tengan la fuerza ellos serán los que se impongan.

Queda el caso de tratarse «en casos de potencia apotencia».

En tal caso pienso que potencia por potencia lo práctico y lógico es imponer la nuestra.

Rechazo el argumento de posibles engaños por parte de la persona que hiciera de árbitro, así como la insinuación de mala fe. No creo que exista.

Esta es mi opinión personal, si es cierto que los satisfechos de marras existen, tengan á bien dar un paso al frente.

R. E.

Verdades Termométricas

La situación económica por que atraviesa la clase trabajadora, en este supuesto paraíso terrestre que por largo tiempo alentó las más bellas ilusiones de infinidad de pueblos víctimas de las tranía y la explotación de sus respectivos gobiernos, y con estos, de la codicia de los privilegiados; ilusiones que aún hoy se afanan en mantener los miserables buitres, que ven aumentado su festín á medida que va creciendo el monton de carne muerta, es el tema obligado del día, á cuya atención no puede substraerse el pensamiento, atraído por la presencia de un raro fenómeno, cuyas espantosas proporciones, parece llenar de horror á los escépticos de otrora—esto, si hemos de juzgar por el gesto que ponen cada vez que de lejos se paran á examinar alguna de sus partes, sin duda las menos fenomenales.

Fenómeno raro, se ha dicho por equivocación, pero, puesto, ó que la frase está de moda, ó que no puede haber política sin fenómenos raros ó vulgares, dejemos la palabra donde está, siquiera sea por dar gusto á los fenomenistas de oficio, y ya que habremos de rozarnos con *politicantes* (de lejos se entiende) que no se digan como aquellos de marras, que somos unos mal educados, que no sabemos más que tocar el pito y decir sandeces, con el objeto de interrumpir el dulce éxtasis, ó la armoniosa plática de los habitantes del Olimpo.

Sigamos, pues, adelante con el tal fenómeno.

Todos estamos viendo desfilar á través de las columnas de la prensa *política*, con la exactitud con que pudiera representarlo un cinematógrafo, los diversos cuadros de horripilante miseria, y el cúmulo de de sufrimientos que rodea á la clase laboriosa del país, estrechándola más y más, á manera de inestructible círculo de hierro, y cuyo conjunto vemos espléndido.

De arbitraje

En general las ideas vertidas por el compañero Gori, que venían á ser algo así como la nomenclatura de su conducta que cada uno había interpretado á su antojo, en el Congreso obrero, satisficieron á los compañeros.

de La Protesta Humana.

No sé si interpretaré el sentido del párrafo que transcribo, que por cierto me pone en dudas, pues aunque en él parece decirse que el compañero Gori ratificó su conducta, conducta que los compañeros interpretaron á su modo en el Congreso Obrero, yo supongo que lo que quiere decir el firmante del artículo de que saqué el párrafo transcrito, es: que el compañero Gori ratificó en la conferencia del domingo la conducta por él observada en el Congreso Obrero, conducta que los compañeros «cada uno» dice el párrafo interpretaron después, el claro á su modo.

Ahora bien: si el compañero Gori se ratificó en las *opiniones* por él expresadas ó expuestas en el Congreso, supongo que habría sido en las que se referían á las razones aducidas por él en pró de su proposición relativa al arbitraje.

Digo, y sub-rayo *opiniones*, por que la palabra conducta no me pareció bien empleada aquí, por cuanto pienso que el compañero Gori, no tiene conducta que ratificar ni rectificar, basta y sobra con que se ratifique en sus opiniones, ya que en cuanto á su conducta no creo que haya lugar á distintas interpretaciones.

Paso por lo de ratificación de sus ideas ó de su conducta, pero lo que no me parece cierto es que esa ratificación haya satisfecho á los compañeros. No lo creo, y tan es así que casi sospecho que no solo satisfito, sino que ni aún conformó á la mayoría. Digo esto, por cuanto, aún cuando yo no he asistido á la conferencia, tengo no obstante derecho á suponer lo que digo, fundado en lo que me dicen muchos compañeros que han estado presentes en la conferencia á que me refiero.

Pero, quiero suponer, por que así conviene al motivo de este artículo, que los compañeros que han asistido á la conferencia citada, hayan quedado satisfechos ó conformes con la ratificación que de su conducta, hizo el compañero Gori en esa conferencia.

Supuesto ello, y siendo yo, como soy,

contrario al arbitraje, es natural que mi extrañeza ante la *satisfacción* de los compañeros, sea máxima.

Yo lo repito, entiendo que por parte de los compañeros hay todo lo contrario de satisfacción, pero, supuesto que sea cierto, la hipótesis de esa satisfacción así calentita y á última hora, me hace el efecto, de la satisfactoria salud de un difunto.

Y sentada la hipótesis de que esa satisfacción exista, ella me extraña y asombra, por cuanto, á mi entender, ella me haría suponer que todos los satisfechos estaban en un error, como pienso que lo está Gori, por lo que me permito ocupar la atención de los compañeros con las siguientes líneas.

**

No he oído al compañero Gori defender su propuesta de arbitraje, y no sé, por lo tanto, que razones aduce en favor de su opinión en este asunto; tampoco he oído ni conozco las razones que exponen los compañeros que combaten el arbitraje, y, finalmente, (aunque ello pueda parecer tan necio como el confesar, que se va á hablar de algo que no se conoce) declaro que tampoco he estudiado á fondo la cuestión.

Hago estas declaraciones por que tal vez voy á decir algo que ya haya sido dicho. Si ello fuera así, yo suplicaría á los satisfechos que me hicieran partícipe de su satisfacción y de todos modos la hipótesis de esa satisfacción ó conformidad, justifica plena y ampliamente lo creo así, al menos, lo que voy á decir á continuación.

**

Dice «La Protesta Humana» que Gori dijo que reconociendo á los obreros el derecho de poseerlo todo, debían, no obstante limitarse á ir consiguiendo cada vez algo más, puesto que la fuerza *por* una parte y *por* otra la ignorancia, no permitían conseguir más.

Casi estoy por hacer gracia del argumento, tan de poco valor me parece.

Cierto eso es de que la fuerza y la ignorancia son trabas para nosotros, pero la fuerza en buena lógica se repele con la fuerza ó con la astucia. ¿Es el arbitraje una de las dos cosas?

Creo que no. Además de no ser fuerza ni astucia, ni nada de eso me parece que es una cándida inocentada ó una inocente candidez ó ambas cosas á la vez y vaya casi en verso. Ya se verá más adelante por que lo juzgo así.

La
ra
es
E.
50
fo
ir,
no
va-
La
en-
D-
es
4.10
ues
esta
del
tri-
0.20
que
ria-
Be-
0.10
Ger-
Correo
erri-
13.62
4.88
10.00
53.00
51.50
53.99
2.43

damente iluminado, más que por el acierto de las palabras con que se le rodea, por la luz que arrojan las cifras que á su frente se hallan colocadas.

Nadie duda ya de la existencia del fenómeno, por cuya repentina aparición se teme la consiguiente alarma.

La prensa política-mercantil, en su *humanitaria* misión de defender los derechos y los intereses del pueblo (i) declara con la franqueza y *sinceridad* que le son características, que la situación del obrero es desesperada, que la vida en las condiciones creadas, es de todo punto imposible, y que... en fin, que es preciso que el espíritu enervado del pueblo, se imponga sobre tanta iniquidad y tanta injusticia; y por si esto no fuese bastante, nos espeta de cuando en cuando parrafatos como este:

«Cuando el desequilibrio se produce, el socialismo es tan natural y lógico, como son las asociaciones gremiales, como la Sociedad Rural, como la Bolsa y demás colectividades, consagradas á los intereses de los asociados. El Socialismo hijo de la presión de la necesidad, vela por la suerte del obrero.»

A parte las comparaciones, y por tanto, el sesgo que se quiere dar al Socialismo (sesgo científico, sin duda) arribamos á esta conclusión: *Que el Socialismo en la Argentina, no solo es posible que pueda desarrollarse, sino que es natural y lógico.* Y por si acaso hay alguien entre los que viven y visten de gorra, cuya testa acorazada sea capaz de resistir á la fuerza de esa lógica, la prensa indicada, se encarga de aplastarlo con razonamientos por el estilo de los que ahí van:

«¿Qué harían (las clases pudientes) si por vuelcos de la fortuna se encontrasen en un día inesperado, sin recursos para llenar el presupuesto del hogar, y con los caminos cerrados para adquirirlos?»

«¿Permanecerían impasibles? ¿No sentirían en el alma las ansias y los impulsos de la agitación? Para formar juicio de lo que hacen los demás, debe ponerse uno en su caso pues.»

A esto podrían añadir, que el Socialismo, á parte de esas causas puramente secundarias, tiene sus fundamentos basados en el más amplio concepto filosófico de la moral y de la justicia—descartando para esto, ciertas formas bastardas del Socialismo, cuyos bástagos se extienden, como la hiedra, en rededor de los palacios del congreso, pugnando por escalar sus elevados muros.

Pero sería harto exagerado pedir tales excepciones á quienes tan amplia y espontáneamente han reconocido una lógica al Socialismo. Aceptemos, pues, el juicio sin exclusivismo de ningún género, respetando así, la lógica por ellos sentada.

Ahora bien, señores periodistas: ¿Qué fin os proponéis al hacer semejantes declaraciones? ¿Cuál es vuestro objeto al dar á conservar al pueblo el descubrimiento de vuestros *fenómenos*? No importa que lo calleis; nosotros lo sabemos y basta. Habéis descubierto y dicho muchas verdades, y más nos prometéis decir aún. ¿Qué importan ahora los fines que os las inspiran? La verdad, es bella siempre, aún en boca del ser más despreciable; pero ¡por las faldas de la Magdalena! doblad la hoja de vuestro diario á la izquierda, y seguid leyendo á la inversa con atención, y habréis de encontrar algo que os hará enrojecer de... (¡iba á decir de vergüenza!).

¿Cuanta hipocresía escrita con tinta, y cuanta tinta vertida con hipocresía!

¿Es que no habíais descubierto el fenómeno, cuando afirmábais que en la Argentina, «donde el obrero vivía con holgura, donde el trabajo era remunerado con creces, donde solo los holgazanes podían temer la miseria, no podían arraigar las ideas del Socialismo?» No, ¡por Barrabás! Antes habíais afirmado, que solo en la capital de la República, vagaban cuarenta mil obreros sin trabajo; y eso... —pensado un poco— os obliga á confesar que en uno ú otro caso habéis mentido, habéis querido engañar. Y luego, más tarde, ¿descubristeis esa lógica fatal que ahora invocáis, cuando cegados por la ambición del lu-

cro, no solamente habéis recriminado actos que no podíais justificar por respecto á vuestros intereses, ni siquiera hallar una razonable explicación, sino que, con una saña y encarnizamiento rayano en la ferocidad, cubríais de lodo é impropio la causa de los miserables que ahora defendéis con tanto ¡ahínco! Esto también os obliga á confesar vuestra cobardía.

Más, poco importa todo: dispuestos estamos á no hacer caso de todas vuestras pasadas bellaquerías, y aún nos prometemos despreciar todas las que pertenezcan á lo futuro, con tal que sigáis, siquiera sea por poco tiempo, diciendo muchas verdades, á costa de desmentir vuestra conciencia; con tal que sigáis repitiendo al pueblo palabras tan elocuentes como estas: «No esperéis nada del poder oficial; y á los científicos medicantes: «Habéis pedido una bicoca; pedid más, siempre más». Vereis que un día, cansados estos de pedir gollietas inútilmente, os darán las gracias por la lección que les habréis proporcionado, y aquel, os quedará igualmente agradecido por vuestras verdades, aún que, á pesar de su agradecimiento, se vea obligado cualquier día á medirlos las costillas con una estaca.

ZELAZNOG.

A don Juan Enrique Lagarrigue
(Santiago de Chile)

Carta abierta

Leo con especial interés las cartas, que ya forman série, escritas por Vd. á diferentes personas, y que recibo impresas de cuando en cuando. Ocupase Vd. en esas cartas del sistema filosófico de Augusto Comte, y partidario decidido como es de este sistema, se adivina cuán entusiastamente habla Vd. de la religión de la humanidad, del positivismo y del altruismo, puntos culminantes de la doctrina comtista.

Con permiso de Vd., ó más bien sin él, pues el pensamiento no reconoce fronteras más acá del respeto y la cultura, voy á ver si refuto las ideas de Vd. en lo que tienen de abstractas y si á mi vez le convierto á la causa de la humanidad, que no es, por cierto, el positivismo á la manera como lo entendió el ilustre filósofo francés, sino á la manera como lo entienden las generaciones vivientes, que distan medio siglo del tiempo en que vivió Augusto Comte, cuyo lapso es bastante para haberse hecho una verdadera revolución en el pensar y en el sentir, pues es menester que Vd. reconozca que Augusto Comte no echó los cimientos de un *nuevo edificio*, como lo hicieron Prohodon, Bakounine y aún Lassalle y Marx: se limitó á apuntalar y enlucir el que encontró hecho y que con razón le pareció mohoso y poco sólido.

Esto sentado, convendrá Vd. conmigo en que, la llamada religión de la humanidad no puede reconocer como base el amor, aunque así lo proclame, puesto que, dejando en pié todos esos prejuicios de la familia, la propiedad y la patria, el amor queda reducido á un simple sentimiento de simpatía, como hoy existe, pues en medio de un egoísmo tan espantoso, tiene que quedarnos un resto de amor, no al prójimo, á quien miramos con desdén, sino á los hombres que por afinidad con nuestras inclinaciones ó nuestros gustos, nos lo inspiran. Subsistentes la familia, la propiedad y la patria, todo el mal queda en pié, y no sé, en verdad, qué clase de amor esperan VV. los comtistas de tan caducas instituciones.

¿Vd. quiere amor á la humanidad con fronteras?—No es posible, pues allí donde tenga Vd. necesidad de un ejército, introducirá fatalmente el antagonismo de raza á raza, de nación á nación, de región á región, de pueblo á pueblo, de familia á familia, de individuo á individuo, y aún añadiendo un poco el argumento, hasta de padre á hijo y de hermano á hermano. No me ocupo ahora de la familia y de la propiedad, porque no lo creo necesario.

Ahora bien: ¿desean VV. los comtistas crear un sentimiento de amor sin base? Empeño inútil: el amor, como el bien en sus múltiples manifestaciones, necesitan no

solo una base, y una base muy sólida, sino medios adecuados para que el sentimiento se expanda y marche adelante. Dígame Vd. qué amor se establecerá dentro de una sociedad de hambrientos, donde las calamidades de todo orden sean el pan de cada día: en tal sociedad, la astucia, y en último término la fuerza determinarán el aniquilamiento de los más débiles, y los más fuertes se harán dueños del campo. Y esto cabalmente es lo que acontece en la humanidad, donde el predominio de muy pocos, (que son los astutos y los fuertes del ejemplo), produce leyes que sancionan la desigualdad, estatuyen la fuerza de los ejércitos como una entidad sagrada y la despliegan en todas direcciones para imponer silencio á los que exhalan un suspiro en forma de protesta ó de rebelión.

La base cierta del amor no es otra que la igualdad química con que algunos afectan creer que soñamos nosotros los hombres modernos, sino esa otra igualdad de medios con que nos brinda la Naturaleza, como se los brinda á los demás animales, aunque algunos tengan mejor ó peor forma, mejores ó peores facultades, sin que esto excluya—nótese Vd. bien—la ley de la variedad, dentro de la unidad *especie humana*.

Que tenga Vd. y yo nó, medios de desenvolverse en aquellas de sus inclinaciones y facultades que le inspiran una obra de progreso, es monstruoso: que un *quidam* se envejezca antes de tiempo por consecuencia de sus grandes medios de desenvolvimiento, que empleó en los vicios; y que Vd. apenas pueda vivir sin higienes con su honrado trabajo, siendo para Vd. un mito eso de las magnificencias del Arte, que adivina, pero de qué no goza, es criminal, horrorosamente criminal: que un labriego riague con su sudor el surco de donde tan deliciosas frutas brotan para renovar, nó su sangre, sino la sangre de quien supo especular precisamente sobre ese mismo sudor, esto es absurdo: que yo herede de mis padres casas, praderas y campos, y que con solo ese hecho haya de pozar de todas las consideraciones sociales, tanto mayores cuanto mayor sea la miseria de Vd., pues son inconcebibles las preeminencias que se otorgan á los unos sin que existan los rebajamientos de los otros, esto es bochornoso...

¿Y con una sociedad así constituida quiere Vd. que se establezca la religión de la humanidad, el amor, el altruismo de que tan misticamente se ocupaba Augusto Comte?

Necesario es convenir en una cosa que escapa á toda aérea metafísica, pero que por lo mismo, es bien positiva y bien real, bastante más que la religión que VV. llaman de la humanidad: tal es, que todos los sistemas filosóficos están heridos de muerte, desde el teológico hasta el espiritista, incluyendo, por supuesto, el de VV., en presencia de esta escuela acrática que todo lo abarca, que de todo se ocupa, que todo lo examina y que concluye por aborrecer con harta razón los convencionalismos de esos sistemas, y por admitir una sola verdad, la Ciencia, un solo elemento, la Naturaleza, y un solo Bien, el goce frente al dolor.

¿No tiene Vd. resueltos así á Dios, á la Verdad y al Amor?

Entiendo haber generalizado bastante sobre las cartas de Vd., dirigidas á distintas personas: si preciso es especializar, avise, y lo hará con gusto su afmo.

FELIPE LAYDA.

20 Agosto 901.

Comisión Anti-inquisitorial

En esta ciudad se ha creado una comisión para promover actos de protesta contra la inicu reaccion que en España, ahora más que nunca, se está ensañando con los trabajadores que se ponen en pié exigiendo respeto en su ineludible derecho de hombres.

En estas columnas hemos dado cuenta ya de la bárbara masacre llevada á cabo en la Coruña contra indefensos trabajadores que intentaron efectuar un mitin de solidaridad y protesta al mismo tiempo,

contra las prisiones efectuadas en Barcelona y otros puntos de Cataluña.

En España la reacción burguesa y gubernamental no está circunscrita á una sola provincia.

En todas partes se persigue á los trabajadores y se apalea sin piedad.

Es necesario que los hombres libres de América protesten como es debido contra la acción cobarde de la burguesía española. A este propósito responde la formación de la Comisión anti-inquisitorial.

Todos los núcleos obreros, sociedades de resistencia, periódicos é individuos aislados que deseen manifestar su protesta, remitan adhesiones y fondos á la dirección de la Comisión, J. Mella, calle Estados Unidos, 860—Bs. Aires.

BASES CIENTIFICAS DE LA ANARQUÍA

III

Los anarquistas reconocen la justicia de las dos citadas tendencias hacia la libertad política y económica, viendo en ellas dos diferentes manifestaciones de la misma necesidad de igualdad que constituyen la esencia de todas las luchas de que nos habla la historia. Por esto el anarquista, de acuerdo con todos los socialistas, dice al reformista político que no puede hacerse ninguna reforma substancial en el sentido de la igualdad política ni ponerse ninguna limitación á los poderes gubernativos, mientras la sociedad está dividida en dos campos hostiles, quedando el obrero económicamente sometido al que le da trabajo; y por otro lado decimos al socialista político que no puede modificar las condiciones existentes de la propiedad sin modificar al mismo tiempo profundamente la organización política; que debe limitar los poderes gubernativos y renunciar al sistema parlamentario. A cada nueva faz de la vida corresponde una nueva faz política. La monarquía absoluta, es decir, el gobierno de la corte, correspondía al sistema de la servidumbre; el gobierno representativo corresponde al dominio del capital, y los dos son gobiernos de clase.

Mas en una sociedad en que ha desaparecido la distinción entre capitalista y obrero, no hay necesidad de semejante gobierno, que sería un anacronismo y un estorbo. Los trabajadores libres necesitan una organización libre, y ésta: no puede tener otra base que el libre consentimiento y la libre cooperación, sin sacrificar la autonomía del individuo á la intervención omnimoda del Estado; el sistema no capitalista implica el sistema de no gobierno.

Significando la emancipación del hombre del poder opresor del capitalista y del gobierno, el sistema anárquico viene á ser una síntesis de las dos poderosas corrientes del pensamiento que caracterizan nuestro siglo.

Resulta, pues, que la anarquía, llegando á estas conclusiones, está en concordancia con la filosofía de la evolución que, descubriendo la plasticidad de la organización, ha demostrado la admirable adaptación de los organismos á sus condiciones de existencia y al subsiguiente desarrollo de facultades que hacen más completa la adaptación de los agregados á su ambiente y la de cada una de las partes constituyentes desagregadas á las necesidades de la cooperación libre. La filosofía de la evolución nos ha familiarizado con el hecho de que en toda la naturaleza orgánica las capacidades para la vida en común van creciendo á medida que la integración de los organismos en agregados compuestos se va haciendo más completa, confirmando así la opinión expresada ya por los moralistas con respecto á la perfectibilidad de la naturaleza humana. Nos ha enseñado que, en la lucha por la existencia, á la larga, los más hábiles serán aquellos que combinen el conocimiento intelectual con el conocimiento necesario para la producción de la riqueza, y no los que actualmente son los más ricos, porque éstos ó sus antepasados han sido los más fuertes por un momento. Demostrando que la lucha por la existencia no debe entenderse sólo en el sentido estricto de una lucha entre los individuos por los medios de subsistencia, sino en su sentido más lato de adaptación de todos los individuos de la especie á las mejores condiciones para la condición de ésta, así como para la mayor suma de vitalidad y felicidad para cada uno y para todos, nos ha facilitado el poder deducir las leyes de la ciencia moral, de las necesidades y costumbres sociales de la humanidad.

